

Del autor de *Yo me enamoré de ti por culpa de los carnavales*

FERNANDO MACÍAS

 LOQUITO
POR VERTE
A MI  
VERA  

Hay amores que nacen en primavera.
Hay amores que estallan en carnavales.
Hay amores malditos pero inmortales.
Y malditos amores que ojalá no hubieran.
Hay amores que mueren y resucitan.
Que lo mismo cautivan que te desatan.
¿Con qué amor te quedas tú?

*A Juan Manuel Braza Benítez,
el Sheriff, la sonrisa de Cádiz*

«Pero aquí vuelvo a mi tierra
y otra vez traigo mi ofrenda,
que más que esto no te puedo dar.
Son mis canciones de Cádiz,
mi canción de carnaval».

Comparsa La Canción de Cádiz

Capítulo 1

La noche los cogió por sorpresa. Zahara y Ariadna charlaban, café en mano, por el centro de la ciudad. Caminaban sin prisas, sin reparar demasiado en las luces que llenaban la Navidad de Cádiz de colores.

La gente a su alrededor parecía ir a toda velocidad, como si huyeran de algo o el fin del mundo estuviera cerca de las Puerta de Tierra. Los escaparates mostraban diferentes combinaciones para la fiesta de Nochevieja. Las librerías, engalanadas con adornos navideños, daban a conocer los mejores libros para regalar en esas fechas. A esa hora las cafeterías bullían y las campanas sonaban cerca de la plaza de San Antonio.

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó Zahara. Su mejor amiga acababa de llegar tras varias semanas surcando el cielo. Su cara reflejaba la alegría de quien iba a disfrutar de casi veinte días de asueto. Desde hacía unos meses trabajaba para una compañía aérea como azafata de cabina y apenas había podido encadenar dos días libres de manera consecutiva.

—Me estoy acostumbrando a esto de viajar. El tiempo se me pasa «volando».

Su amiga la miró contrariada. ¿Había intentado hacer un chiste?

—Volando, tía. El avión va volando, el tiempo...

—Sí, lo he pillado, Ari, pero es muy malo.

—Lo siento, Zahara. Ya sabes que el humor no es lo mío.

—Lo sé, lo sé —admitió con gesto condescendiente—. Y, cuéntame, ¿qué tal es eso de dormir cada noche en un país diferente?

—Pues bien, se conoce a mucha gente interesante. De hecho, el otro día me presentaron a un jugador de fútbol noruego en un *pub* de Edimburgo. No te imaginas qué noche, Zahara. ¡Qué noche!

Zahara dio un trago al café. Estaba frío y tiró el resto en la primera papelera que encontró.

—Oye, ¿y si cambiamos a la cerveza? —propuso de inmediato. El último trago le había dejado un regusto amargo.

—Me parece una gran idea. Además, tengo mucho que contar.

Ariadna imitó a su mejor amiga y arrojó a otra papelera el vaso de café medio lleno. A los pocos metros encontraron una taberna irlandesa donde pidieron una pinta. Tomaron asiento en una mesa vacía al fondo del local y el camarero les llevó un cuenco de frutos secos junto a las bebidas.

—Me encantaría poder trabajar de azafata como tú. Estoy cansada de ser una pintora tiesa —dijo Zahara después de dar un trago a la cerveza—. Creo que voy a tirar la toalla. Últimamente no soy capaz de pintar absolutamente nada.

—Quizás puedas trabajar un tiempo y te sirva para recuperar la inspiración. ¿Por qué no lo intentas? Podrías apuntarte a la academia a la que fui yo. Preparan muy bien. Ya ves, no estuve siquiera un año allí y ya estoy trabajando.

—Cualquiera le dice a David que voy a buscarme un curro. No quiero ni imaginármelo.

—Joder, Zahara. Siempre igual. No puedo hacer esto porque David... No puedo hacer lo otro porque David... ¿Cuándo vas a abrir los ojos?

Se quedó pensativa mirando a Ariadna con la impotencia dibujada entre ceja y ceja; esta, a su vez, la observaba atentamente.

Ese día Zahara se había dejado suelta su media melena de color oscuro, que contrastaba con el blanco de su piel y el verde de sus ojos. Sus facciones, finas y elegantes, siempre ganaban belleza cuando sonreía. No era una hermosura que llamara demasiado la atención, aunque tampoco era de las que pasaban desapercibidas. Su mirada te podía atrapar como un alud y sepultarte por siempre. Le hubiera gustado ser igual de alta que Ariadna, pero su metro sesenta y cinco y unos buenos tacones siempre hacían milagros.

—En el fondo, sé que él quiere lo mejor para mí, Ari, aunque últimamente me protege demasiado. Hay veces que me agobia mucho.

—Esa sobreprotección que tiene contigo no es demasiado sana, Zahara. Creo que no te hace bien. Estoy cansada de decírtelo.

—¿Y qué quieres que haga?

Ariadna creyó que iba a estallar en lágrimas y le tomó la mano intentando evitarlo.

—Tú sabrás lo que tienes que hacer. Pero no creo que debas permitir esas cosas. A la larga, no acaba muy bien —admitió, intentando no sermonearla mucho.

Zahara apretó los dientes a la vez que estrujaba un cacahuete con dos dedos.

—Tía, no quiero que tengas esa cara. Y menos cuando acabo de empezar las vacaciones, ¿eh? Así que cambiemos de tema —propuso, antes de dar un buen sorbo a su cerveza—. ¿Se sabe algo de las entradas para el concurso? Ya va siendo hora de que las pongan en venta, ¿no?

—Qué va, Ari, aún no se sabe absolutamente nada, como siempre. Lo dejan todo para el final. Hay rumores de que podrían salir de un día para otro, pero todavía no se sabe ni dónde se van a vender. Dicen, incluso, que es muy posible que salgan a la venta todas en la taquilla, nada de comprarlas por Internet.

—¿Cómo puede ser que un concurso como el de Carnaval de Cádiz esté a días de empezar y aún no se hayan

puesto a la venta las entradas? ¿Y qué es eso de que no las pongan a la venta por Internet? ¿Qué pasa con la gente que no puede venir a ponerse en cola?

En los oídos de Zahara seguían resonando las preguntas de su conciencia e intentaba espantarlas sin éxito.

—Perdona —dijo, al ver la cara de su amiga esperando una respuesta que no llegaba—, ¿qué decías, Ari?

—Te decía que cómo es posible que aún no hayan dicho nada de la venta.

Zahara hizo una mueca de incredulidad.

—Yo tampoco me lo explico, la verdad.

—¿Y eso de que todas las entradas salgan por taquilla?

—No sé. No tiene mucho sentido. Aunque, por una parte, me alegro —Ariadna frunció el ceño por encima de sus posibilidades—, creo que este año lo voy a tener difícil para ir. La cosa no está muy bien de dinero y...

—¿Y qué, Zahara? —la pregunta hizo que su amiga se quedara con el vaso de cerveza en los labios.

—Pues que no puedo pagarme una entrada, tía. Me conformaré con verlo desde la tele. Con Miriam Peralta y Quique Miranda como comentaristas es como si estuviera en el Falla.

—De eso nada, no lo voy a permitir, Zahara. Este año vienes conmigo al estreno de la comparsa de Tino, como que me llamo Ariadna. Canta en la misma función de preliminares que Martínez Ares, así que no hay excusas. Además, podemos ponernos en la cola para las entradas. Estaré de vacaciones seguro cuando salgan.

Había algo en el rostro de Zahara que no le gustaba a su amiga. Estaba ausente. Ese estado cada vez era más habitual cuando quedaba con ella, cosa que ocurría con menos frecuencia de lo normal.

—¿Qué pasa, tía? —quiso saber Ariadna. Cuando la pregunta salió de su boca dudó si no había sido demasiado agresiva al formularla.

—No sé si es una buena idea, Ari. No creo que a David le haga mucha gracia. Él está ahora todo el día estudiando.

—Pues a David déjalo que estudie. ¡Qué más le da! Tú y yo nos vamos al Falla.

La cara de circunstancia de Zahara se iba transformando en una mueca de incomodidad. Aunque en el fondo se moría de ganas por asistir con su amiga al teatro.

—No sé si le va a hacer mucha gracia que vaya sin él, Ari.

—Zahara, sinceramente, a mí David ni me cae bien ni me cae mal, es tu novio, lo respeto. Pero a él le da igual el carnaval y, la verdad, tengo ganas de estar a solas contigo. Hace tiempo que no pasamos tiempo juntas. Siempre estás con David o tienes que hacer cosas para él. Y, encima, para una vez que quedamos tenemos que estar hablando de él.

Encontró en algún lugar de su cuerpo la valentía que creía perdida desde hacía tiempo. Sin saber muy bien cómo, surgió de su interior una respuesta que incluso a ella misma le sorprendió.

—Di que sí. Vamos a ir tú y yo. Y ya puede decir David misa gregoriana, que me da igual. ¿Acaso voy a hacer algo malo? Solo voy a ir a ver mi comparsa preferida con mi mejor amiga. ¿Qué daño hago?

Zahara dio un trago a la cerveza, no se había percatado de que su amiga estaba boquiabierta. Cuando pudo reponerse, la miró ojiplática.

—¿Quién eres que no me acuerdo? —preguntó Ariadna burlonamente.

—Déjate de tonterías, Ari. Soy la misma de siempre. Sí, es verdad que últimamente David me tiene algo absorbida, pero es que estoy enamorada —esto sonó hueco en su mente—. Quizás haya sido eso, te prometo que volveremos a pasar mucho más tiempo juntas. ¡Te lo juro por mi suegra!

—Eso espero —repuso Ariadna fulminando de un último trago la cerveza y haciendo un gesto al camarero para que se acercara—. ¿Quieres otra, Zahara?

Esta echó un vistazo a su cerveza. Estaba por la mitad, pero la agarró con fuerza y la liquidó en un pispás.

—Por supuesto.

—¡Esa es mi Zahara! ¡Ponga un par más, camarero!

Capítulo 2

—No, ni lo sueñes, Zahara.

Esta reprimió algo parecido a un gemido.

—No me hagas esto, David, por favor —dijo con un hilo de voz—. Ariadna va a estar unas semanas de vacaciones y quiere que la acompañe. Solo vamos a ir un día al Falla, por favor.

David la escrutó de abajo arriba de una manera lasciva, como si le debiera algo.

—Ya sabes lo que opino de la golfa de tu amiga Ariadna.

—Mi amiga no es una golfa, David. Haz el favor de no llamarla así.

El novio de Zahara se mordió la lengua y apretó los puños hasta que sus nudillos se volvieron completamente blancos. Vestía con unos vaqueros más que desgastados y una sudadera Adidas tres tallas más grande de lo que le correspondía. Muy airado, se la quitó, la lanzó contra el suelo y se quedó tan solo con una camiseta interior de tirantes.

—Zahara, no me toques los cojones. Tu amiga solo va por ahí calentando a los tíos. No me digas que no. Todo el mundo lo sabe, joder.

Por un instante, pensó en no responderle y hacer lo mismo que había hecho otras veces, darle la razón y tragarse su orgullo. Pero inspiró con fuerza y se armó de valor.

—No, te equivocas. Eso no es así.

La cara de David comenzó a encenderse y el corazón de Zahara comenzó a detenerse.

—¡No me llesves la contraria, joder! —dijo David, reprimiendo levantarle la mano a la altura de la cara.

Zahara reculó y tomó asiento en la cama del dormitorio de David, que estaba decorado con pósteres de diferentes grupos de *rock*. Durante un momento se hizo el silencio y ambos se miraron. Él la observaba como si la retase a un duelo. Ella lo miraba buscando en sus ojos al chico del que se enamoró hacía tres años. «¿A dónde se había ido?», se repetía una y otra vez sin encontrar la respuesta.

—¿Quién eres, David? —preguntó Zahara, viendo como instantes después la cara de su novio se venía abajo—. ¿Quién eres? —repitió con lástima.

—¿Cómo... cómo que quién soy? —repuso David, titubeando. Su fachada se derrumbaba a pasos agigantados. Era como si su careta de maldad se estuviera haciendo añicos.

—No eres la persona que conocí. Tú antes no eras así —las dos frases de Zahara cayeron sobre sus hombros y acabaron por encogerle. En cuestión de segundos, su metro noventa menguó decenas de centímetros.

David se mesó el pelo alborotado y acarició el crucifijo de plata que colgaba de su cuello. ¿Quién sabía lo que pasaba por su cabeza?

—Lo siento, Zahara. Lo siento. No quería ponerme así, te lo juro, de verdad, pero ya sabes que no me gusta tu amiga Ariadna. Es una persona que no te hace bien, te lo he dicho mil veces. Ahora lo que necesitas es recuperar tu inspiración y no creo que lo hagas con ella al lado.

Zahara lo miró sin saber qué responder, aunque en realidad sí sabía lo que debía decirle. Era, ni más ni menos, aquello que sabía que estaba ocurriendo desde hacía tiempo, aunque era incapaz de reconocer.

—Nunca te ha gustado ninguna amiga mía, David. Poco a poco, me has ido separando de mis amistades y Ari es la única amiga que me queda. No sé cuánto tiempo hace que no sé nada de Raquel, y qué decir de mi amigo Hugo.

—Hugo estaba enamorado de ti —dijo, volviéndose a alterar, como si fuera algo evidente.

—Hugo estaba pillado de Ariadna, te lo dije cien veces. Pero te emperraste en que estaba colado por mí. ¿Cómo pudiste creerte eso?

David la observó desconcertado. Se sentía como si estuviera intercambiando golpes en un *ring* de boxeo y se veía en la obligación de ganar fuera como fuera.

—Él estaba pillado de ti hasta los huesos, sé cómo te miraba, Zahara. Tú también lo sabías. Lo pillé varias veces mirándote como se mira a alguien del que estás enamorado. Sé cómo mira un tío cuando está pillado de una tía.

Zahara, abatida, desvió la mirada al suelo y se llevó las manos a la cabeza. Le pitaban los oídos y una voz en su interior comenzaba a gritarle que se marchara de allí.

—¿Y si hubiera sido así, David? ¿Cuál era el problema? —sus palabras la sorprendieron—. Yo estaba enamorada de ti, solo quería estar contigo. ¿Lo entiendes? Contigo —la última palabra rebotó por las paredes varias veces hasta ahogarse en el silencio.

El verbo «enamorar» conjugado en pasado flotó ante sus ojos y el aire dejó de entrar en los pulmones de David. Este tragó saliva varias veces, hasta que consiguió sacar algo de voz.

—¿Ya no estás enamorada de mí, Zahara? —la pregunta fue apenas un susurro, pero ella la había captado al vuelo.

—Yo no he dicho eso, David. Simplemente, que no pareces la misma persona que antes. En unos meses haremos tres años juntos y a veces no sé quién eres de verdad. No reconozco a ese chico cariñoso y atento que conocí y del que me enamoré.

De nuevo, el verbo enamorar en pasado.

Esta vez se le clavó en el corazón a ambos y los dejó más heridos de lo que creían. A Zahara se le aceleró el pulso a mil revoluciones e intentó tomar aire sin que este pudiera calmar su corazón. Jamás había sido capaz de decirle

todo aquello y el miedo le había empezado a correr por las venas en tromba.

Miró a David de soslayo y vio como este había comenzado a sudar. Su cara era difícil de descifrar. Cogió la silla del escritorio y tomó asiento frente a ella. Antes de responderle, se frotó la cara con las manos como si quisiera espantar todos sus fantasmas. Intentó dulcificar su rostro, sabía que alterarse solo podía empeorar las cosas y buscó su mirada perdida.

—Lo siento, Zahara, de verdad, lo siento. No quiero discutir —la voz le temblaba—. Perdóname, por favor.

David le tendió la mano y ella se quedó mirándola fijamente.

—¿Y luego qué, David? —quiso saber ella, desviando la mirada hacia el suelo.

Su mano se quedó en el aire sin que ella le correspondiera el gesto y su pregunta empezó a rebotarle en la cabeza hasta que le hizo estallar.

—¿¿¿Cómo que luego qué, Zahara??? ¿¿¿Cómo que luego qué??? —inquirió, levantándose como un resorte y dándole una patada a la silla. Esta se detuvo con un estruendo contra la pared.

El temblor de Zahara era ahora más que evidente. En el pie derecho había nacido un trepidar que no podía gobernar y su garganta se había cerrado como la compuerta de un estero. Intentó decir algo, pero solo pudo balbucear sonidos sin sentido. Se levantó pausadamente de la cama, como si temiera que se abalanzara sobre ella.

—David, de verdad. No te reconozco —pudo decir finalmente sin dejar de temblar como un niño que pierde de vista a sus padres entre una multitud.

—Eso es que hay otro, ¿verdad? —preguntó dando un paso hacia ella y señalándola con un dedo acusador—. Hay otro, ¿verdad? ¡Dímelo, Zahara! ¡Dímelo!

—¿Qué estás diciendo, David? —inquirió ella dando un paso temeroso más hacia la puerta—. Me estás asustando.

—Lo que estás oyendo, Zahara. —Su tono de voz había comenzado a destilar desprecio y asco por partes iguales—. Hay otro, ¿a que sí? ¡¡¡Dime la puta verdad!!!

—No hay nadie, David. —Zahara dio otro paso hacia la puerta—. No hay nadie más, te lo juro.

En su interior se decía que cómo iba a haber otro, si apenas podía hacer nada sin que él diera su visto bueno. ¿Cómo iba a haber otro si estaba todo el día controlada por él? Si incluso la había convencido para que le diera su clave de acceso a su Facebook y cogía su móvil para ver con quién se escribía por WhatsApp. ¿Cómo iba a haber otro así?

Sus pensamientos se esfumaron en un instante, cuando, sin verlo, una bofetada impactó en su rostro.

O quizás fueron dos.